

Entre el estigma y el pánico moral

MARTINS, Susana

smartins1074@gmail.com

ROSSO, Daniel

Daniel_raul_rosso@yahoo.com.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS)

Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Eje 2: Discursos, lenguajes y textos.

Palabras clave: discurso-estigma-trabajo

En su clásico libro sobre el estigma, Erving Goffman habla de tres tipos de estigmas: las deformidades físicas, los defectos del carácter (falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad). Por último, los “estigmas tribales de la raza, la nación y la religión”.

¿Qué es un estigma?

El estigma es, entre otras cosas, un regulador de los vínculos sociales: dificulta la inclusión y promueve la exclusión social. Es decir: diseña la frontera que separa el adentro y el afuera de la sociedad.

Por lo tanto, el estigma es un dispositivo de normalización y funciona por acumulación: según Goffman, la debilidad en la voluntad, el autoritarismo, la rigidez en el pensamiento, la deshonestidad, la perturbación mental, la drogadicción, el alcoholismo, la homosexualidad, el desempleo, el extremismo político, son todos estigmas que funcionan como atributos negativos que marcan y crean las condiciones de individualización de aquellos que se intentará excluir.

Estigmatización quiere decir atribución de estigmas.

Un estigma se caracteriza por tener traducción en términos sintéticos y directos: falta de voluntad puede ser traducido como “vagos”; pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y deshonestidad como “populistas”; y pertenencia a una raza como “negros”.

Varios de estos atributos del segundo y tercer tipo del estigma definido por Goffman les son atribuidos a los trabajadores del Estado en su proceso de exclusión laboral:

Esos atributos crean un estigma y éste “marca” a aquellos trabajadores y trabajadoras que deben ser excluidos. Ese proceso de simplificación comunicacional es fundante del

movimiento interno del estigma: su proceso de traducción le permite “marcar” para que, sobre esa marca, puedan actuar los mecanismos de judicialización o de aislamiento social.

“Creemos, por definición, (...) que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana, valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación (...) construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y para dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias como, por ejemplo, la clase social”, profundiza Goffman.

En una línea similar, la teoría del pánico moral de Stanley Cohen, profesor de la London School of Economics, sostiene que “determinados episodios, personas o grupos son amplificadas, distorsionados, sobredimensionados y definidos como terribles amenazas a los valores de la sociedad (...) “en los medios de comunicación masiva se presenta su naturaleza de manera estereotípica, editores, obispos, políticos y demás personas bienpensantes se encargan de erigir barreras morales (...)”.

Desde este marco teórico, se trata de describir a un grupo social como el mal absoluto: es un otro poderoso que avanza contra los valores de la sociedad, los que previamente han sido instalados como valores universales. En nuestro caso: los valores del liberalismo político (la división de poderes, la autonomía de la Justicia, el respeto a las leyes, el funcionamiento de la República, la honestidad y la decencia).

Por lo cual, el avance de ese otro hiperbolizado genera un típico específico de pánico: el pánico moral. Es allí donde surge ese otro ficcional hiperbolizado que ocupa el lugar del mal contra una sociedad que se queda sin valores de referencia.

Desde esta perspectiva, el populismo no sólo sustrae bienes materiales: también sustrae bienes morales. Es la corrupción moral la que legitima los estigmas como aparatos de marcaje y separación de aquellos componentes que es necesario excluir para que la sociedad funcione y crezca. Son “las identidades totales” que avanzan sobre una de sus partes previamente hiperbolizada.

Sobre este escenario se produce el fenómeno de la “justicia paralela” que poco tiene que ver con la justicia real.

Sostiene Federico Delgado en “República de la Impunidad”: “Hay juicios que no deberían existir y cuya existencia se debe a que tienen un trámite paralelo que transcurre en los medios de comunicación masivos...”

Es decir: no son juicios sustentables técnicamente, sino eficaces desde el punto de vista de la espectacularidad mediática. No se sustentan dentro del aparato judicial, pero sí en el espacio del espectáculo mediático y sus lógicas de impacto.

Pero no son dos espacios desvinculados: la justicia paralela, en el espacio de la espectacularidad mediática, genera un proceso de instalación pública y estigmatización de los acusados que lleva una presión enorme sobre la justicia real.

“Los jueces rockstar acostumbran a enviar mensajes de Watshapp a algún periodista amigo con declaraciones en tiempo real (...) y no sólo cita textualmente lo que está

declarando el acusado famoso, sino que suele hacer referencia al lenguaje corporal del imputado, a su tono de voz y a una serie de comportamientos que se conectan más con el show mediático que con la información, porque el juez sabe que es lo que necesita su audiencia y está dispuesto a servir al espectáculo” agrega Federico Delgado.

Es decir: el juez rockstar conoce las reglas de producción del espectáculo televisivo y suele actuar como un primer eslabón de la cadena de producción de ese show judicial.

Ese proceso de judicialización de la política genera una zona pública donde confluyen los actores del lawfare: dirigentes políticos que judicializan, jueces rockstar que toman esas causas y periodistas que las difunden confluyen en esa zona pública donde el conflicto político es espectacularizado.

Por lo cual, esa judicialización de la política es, simultáneamente, su espectacularización. No habría política judicializada sin política espectacularizada.

La visibilidad de la política queda, en buena parte, reducida a la visibilización de su judicialización. Son los juicios paralelos en los que “su eficacia simbólica es proporcional a su debilidad técnica” – completa Federico Delgado.

Hay, entonces, dos tipos de juicios: aquellos en los que interviene directamente el Poder Judicial en los escenarios del espectáculo mediático– Amado Boudou filmado de madrugada y en pijama – y otros que actúan como juicios de aislamiento social donde no interviene la “Justicia” sino una forma derivada de ella que es la condena social.

Los poderes salvajes

Tomando el concepto de “poderes salvajes” del jurista italo – francés Luigi Ferrajoli, Delgado dice: “Para alcanzar ese clima de opinión que les permite imponer su visión sin apelar a la fuerza, están los medios de comunicación masivos, la fuente de ilegitimidad por excelencia de este siglo. Esto significa que, casi siempre, se apoyen en la libertad de prensa (...) muchos funcionarios escogieron subordinar el cargo con el que fueron honrados por sus pares ciudadanos a los conglomerados que integran los poderes salvajes”.

Los medios concentrados en la Argentina están o intentan estar por fuera de los límites republicanos: son un poder no limitado por ningún otro poder. Es decir: según esta acepción, son poderes salvajes. Paradójicamente, entonces, el discurso de la libertad está en las manos de poderes autoritarios con capacidad de distorsionar los hechos e inventar relatos falsificados. La “verdad” es una producción del poder concentrado y no del intercambio democrático.

Por lo tanto: la reacción al pánico moral es la estigmatización. Ese grupo social o político hiperbolizado que tiene como lógica su expansión y su diversificación debe ser denunciado y colocado como estigma. De allí que el estigma de grasa militante, ñoquis o vagos opera sobre agentes del Estado cuya “falta de voluntad” o falta de trabajo se vincula, además de a sus propios rasgos de carácter, a su pertenencia a organizaciones políticas. Fueron colocados en sus puestos no para que trabajaran sino para que cobraran un sueldo.

Las metáforas biológicas

En ese escenario los grandes medios opositores despliegan metáforas biologicistas. La vicepresidente ha sido relatada durante la pandemia a través de la estructura narrativa del virus: invisible, en continuo avance y con alta capacidad de contagio. Según estos medios opositores, ese virus ganó posiciones: logró avanzar en el cuerpo del gobierno y aceleró su trabajo de destrucción y colonización. Ella ingresó dentro del organismo del gobierno y, desde allí, destituyó ministros para cambiarlos por otros que le respondieran, con mayor velocidad y políticas propias.

Es decir, esta máquina de ocupar territorios no mata: se apropia. De espacios de poder, de organismos del Estado, de propiedades privadas. Se queda con todo lo que encuentra a su paso. Es un virus acopiador. Y es, también, un virus autoritario: porque todo lo que toca lo homogeniza. Lo vuelve igual a sí misma.

Por eso, en este relato obsesivo de los grandes medios opositores, el presidente Alberto Fernández desaparece tras la invasión de la Vicepresidenta Cristina Fernández. La incertidumbre identitaria de Alberto permite que sea colonizado por Cristina. El populismo es una fuerza colonizadora: crea protectorados ideológicos en identidades indefinidas. Bajo esa teoría de la colonización política Alberto desaparece bajo el avance de Cristina. El presidente no ha sido destituido, pero ya no gobierna: hay un rumbo y un liderazgo, pero es el de “ella”, que conduce a la Argentina al precipicio.

Ante ese pánico moral, la estigmatización aparece como una barrera defensiva: para protegerse de ese virus que avanza con toda intensidad es necesario marcar, estigmatizar y apartar de las instituciones y de la sociedad a todas las metástasis de ese virus, incluido los trabajadores y trabajadoras del Estado vinculados a la política.

¿Cuándo la diferencia se transforma en un estigma? Cuando esa diferencia dispara un proceso de discriminación y de exclusión. Si la diferencia genera un proceso de integración y va hacia algunas de las sendas del orden pluralista, entonces no hay estigmatización. Si, en cambio, la diferencia desata un proceso de exclusión hay estigma y estigmatización. El culturalismo progresista es ese proceso en el que todos los estigmas pueden ser ilusoriamente integrados.

¿Que produce el estigma? La desigualdad en la relación de fuerzas entre identidades que se co-constituyen.

Por ello, la estigmatización está vinculada a la concentración de medios: procesos lingüísticos de estigmatización y procesos económicos de concentración de medios son procesos convergentes en la consolidación de la dirección política, cultural e ideológica del Bloque de Poder dominante.

Ambos – estigma y medios concentrados – desigualan la relación de fuerzas en la co – constitución de identidades en favor del Bloque de poder dominante.

Los empleados públicos sin valor

Según Ana Castellani, secretaria de Gestión y Empleo Público (Página 12, 29 de diciembre de 2019) “Macri desplazó a 41 mil empleados del Estado, pero, al mismo tiempo, multiplicó la línea dirigencial, es decir, multiplicó los nombramientos de personal jerárquico”.

O sea, mientras se iba llevando adelante la racionalización de la planta estatal a partir de 2016 se multiplicaba hasta un 50 por ciento la línea gerencial.

La relación de esa nueva línea gerencial con el personal estatal preexistente, según Castellani, era “sociológicamente de clase porque acá la gente remite a maltratos en la sociabilidad elemental, no saludar, no mirar a los ojos, tratar a los empleados como la servidumbre de las casas de las élites. El nivel de maltrato ha sido enorme y el temor ha sido muy fuerte”.

Cuando esa alta dirigencia del mundo privado ingresa al Estado actúa como si en el Estado no hubiera nadie o, por lo menos, nadie a quien hubiera que prestarle alguna dedicación: como si rigiera una lógica de absoluta economía de la mirada sobre el otro. Como si el espacio del aparato estatal estuviera desierto. No saludaban, no miraban a los ojos, trataban a los empleados como personas sin ningún valor. Es una mirada similar a la idea de “conquista del desierto”: si no hay nada, si las tierras están desiertas, entonces no hubo ningún genocidio de pueblos originarios. No se asesina a lo que no existe. Esa idea de desierto coincide con otra noción mucho más inquietante: la del desaparecido. En el desierto no hay nadie. Con la desaparición tampoco, porque lo que había ha dejado de estar. Es el discurso del “otro inexistente”.

La política como estigma general

Es la grasa militante una de las metáforas competitivas del lenguaje neoliberal: un sobrante, un exceso, que las instituciones del Estado necesitan suprimir o desplazar. Desde esta perspectiva, los despidos son una especie de gimnasia reparadora sobre el Estado: se le extrae la grasa. Los empleados del Estado vinculados a la política y al sindicalismo quedan dentro de una metáfora letal: es lo que hay que extirpar para que el cuerpo de la Argentina quede en condiciones de ser competitivo en el mundo globalizado. Si a la Argentina se le saca la grasa, la Argentina está en condiciones de competir.

Los sectores que defienden al privilegio en la Argentina definen implícitamente a la democracia como la suma de todas las partes menos una. Se trata de democracias intervenidas por sectores que antes la derroocaban desde afuera y ahora intentan debilitarlas desde adentro. Ese “menos una” es, para ellos, un mal absoluto que hay que excluir. Slavoj Žižek lo llama el excremento. Para estos sectores hay democracia si hay exclusión. La mutilación es lo que hace posible el cuerpo de la democracia. Para que haya democracia o república es necesario que un conjunto de partes se ponga de acuerdo en expulsar a otra. La democracia, de este modo, queda superpuesta con la exclusión.

Es decir: el problema para las democracias, de acuerdo a esa perspectiva, son las clases populares. Pero con una especificidad: los sectores populares en su vínculo con la política y el sindicalismo contestatario. Por eso, no se ataca directamente a los empleados públicos: para hacerlo necesitan incorporarles un adjetivo calificativo. Por eso: son empleados públicos kirchneristas, militantes o sindicalizados. Lo que los estigmatiza es su vinculación con un estigma general: “La política”.

Es el discurso de la extracción de lo politizado o sindicalizado de la esfera pública.

Práctica de exclusión y oferta de redención

Dice Macri, en marzo de 2016: hay "1,5 millón de empleados de más". "Ocultamos el desempleo y el no crecimiento de la Argentina generando casi 1,5 millones de empleados públicos más en estos 12 o 13 años. Esto es una locura. La mayoría no son ñoquis, van a su trabajo, pero miran el reloj para que pase el día porque no tienen nada que hacer. Esa persona sirve, tiene muchísimo para aportar. Y lo que yo les propongo es un camino de reconversión, que tal vez va a llevar más de diez años en los cuales se ocasionó todo este daño".

Es decir: se trata de trabajadores que no trabajan. Son expresión de un proceso de identidad en crisis: su nombre nombra lo contrario de lo que son. Trabajadores que no son trabajadores. ¿Qué quiere hacer Macri? Devolverles su identidad perdida: darles la oportunidad de que se conviertan en trabajadores y trabajadoras.

Diferencia al ñoqui que no trabaja, de los trabajadores que no trabajan porque el sistema se lo impide: es a estos últimos a los que él viene a darles una oportunidad. ¿Qué vendría a ser el ñoqui? Alguien que no trabaja porque está vinculado a la política que es lo contrario al trabajo. En cambio, hay trabajadores que no trabajan porque son víctimas de un sistema que crea puestos de trabajo donde no es posible trabajar.

Macri, y el funcionariado de Juntos para el Cambio, proponían en simultáneo un sistema de expulsión y un sistema de redención. Uno de marginación y otro de integración. Es el discurso de la redención complementando el de la exclusión.

El discurso moral y la producción de identidades críticas del mundo del trabajo

El neoliberalismo se ha apropiado del discurso moral. Pero, además, lo ha relocalizado: lo ha ubicado en el interior de la teoría del valor. Simplificando mucho, según esta última, el valor de un bien o de un servicio depende de la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlo. Por eso, en el capitalismo intercambiamos cantidades de trabajo. ¿Qué denuncia la moral neoliberal? La sustitución, en una parte de los intercambios, del trabajo productivo por su representación imaginaria o ficcional.

Los ñoquis, los vagos, los trabajadores estatales, los funcionarios políticos, los docentes, los "planeros", entre otros, participarían de transacciones donde en lugar de "trabajo" lo que en realidad ofrecerían es la negación del trabajo

Se trataría de una cuestión de bautismos alterados: lo nombrado, el trabajo, irrumpiría como lo inverso de lo que ese nombre designa. De allí que en lugar de la crítica de la plusvalía, lo que se generaliza es la crítica del déficit de trabajo en el intercambio económico: el cuestionamiento a transacciones en las que el Estado distribuye ingresos a cambio de cantidades de trabajos insuficientes o inexistentes por parte de diversos actores sociales.

Es decir, en los procesos de producción, donde el capital se apropia de parte del valor, el neoliberalismo insiste con otra sustracción: la realizada por el trabajo. En estos casos, en lugar de plusvalía habría subvalía. Dicho de otro modo: lo que se denuncia es la inmoralidad de un "trabajo" que aparece en el intercambio como la representación de lo que no es trabajo. Entonces, en lugar de discutir las ganancias extraordinarias colocadas

como activos externos en el exterior, se discute el déficit de trabajo intercambiado en la relación mercantil.

¿Cómo funciona, entonces, esa denuncia moral? Como la impugnación de intercambios ficcionalizados o improductivos. En lugar de intercambio de trabajo lo que se produce es un intercambio de un trabajo que no es trabajo.

Hay una monetización de la representación de un trabajo que no llega a serlo.

De ese modo, la moral neoliberal elabora e impulsa sus denuncias desde el interior de procesos definidos como improductivos.

La moral rota, entonces, no es sólo la consecuencia de actos individuales sino del modo general de funcionamiento del Estado: este adquiere dinero de los contribuyentes y lo transfiere a sectores de la sociedad que en lugar de trabajo ofrecen su representación falsificada. Por contraste, el neoliberalismo propone una idea de “justicia” que consiste en que todos los trabajadores y trabajadoras participen con la misma autoexigencia en el campo de la producción. Por ese camino, desplazan el problema: desde la desocupación y el trabajo mal pago, hacia los trabajadores que “no trabajan”. Es el discurso de la moral impugnadora.

Los desidentificadores.

Dice Goffman: “Además de los símbolos de prestigio y de estigma se puede hallar otra posibilidad, es decir, un signo que tiende – real o ilusoriamente – a quebrar una imagen, de otro modo coherente, pero en este caso en una dirección positiva deseada por el actor y que no busca tanto formular un nuevo reclamo como suscitar profundas dudas sobre la validez de la imagen virtual. Me referiré a los desidentificadores. Un ejemplo es el “correcto inglés” de un educado negro norteamericano que visita el sur (...) los lentes con gruesos armazones de carey (los llamados anteojos bebop) puede ser considerado como un intento de emular el estereotipo del hombre de negocios (...).

Es el movimiento inverso al de internarse en el interior del estigma: mediante los desidentificadores se pone distancia o en tensión la inclusión en el estigma. Los desidentificadores deslocalizan el estigmatizado en el estigma. Sucede con Axel Kicillof, rubio de ojos claros, crecido en Recoleta, con formación de posgrado, con manejo de los idiomas inglés y francés, con libros publicados en el exterior. ¿Cómo se hace para colocarlo dentro del estigma kirchnerista y en los atributos de ignorancia, negro, vago y corrupto? Por eso, hay todo un esfuerzo para mostrar sus supuestos errores de dicción cuando habla o sus supuestas dificultades gramaticales, hasta la utilización de la palabra “aiga”.

.Axel Kicillof, un ex ministro de economía de 48 años, que recorrió toda la provincia de Buenos Aires con un Renault Clío 2011, con levanta vidrios manual y más de 160 mil kilómetros en su cuentakilómetros, con tres o cuatro colaboradores y dos parlantes con los que armaban actos improvisados en las plazas de cientos de pueblos y ciudades de la provincia de Buenos Aires y que vive con su mujer y sus hijos en su casa de siempre en un barrio de clase media de la ciudad, tampoco era fácilmente alcanzable por esas máquinas de captura.

Lo intentaron: dijeron que era un marxista y judío, hijo de un rabino, kirchnerista, de La Cábora y cultor de Venezuela. Pero las máquinas de captura no lograron hacer efectiva sus cadenas metonímicas. No lograron producir estigma con los estigmas.

Conclusiones

El neoliberalismo ha creado una retórica de la exclusión sostenida en los procedimientos del estigma que funciona a partir de la simplificación de las nominaciones. El estigma nómima y lo hace con efectividad. Dispone de un arsenal de metáforas, hipérboles y metonimias, entre otras figuras, que permite construir estrategias lingüísticas de ciclos largos para los cuales también se valen de la catacresis, la operación retomada por Ernesto Laclau según la cual se utilizan palabras con un sentido diferente del que originalmente le corresponden para nombrar “algo” que carece de nombre particular. Ñoquis y grasa militante son buenos ejemplos de esta operación retórica.

Decimos que se trata de ciclos largos: porque la efectividad de estas nominaciones, utilizando el despliegue de los estigmas y el pánico moral, puede ser pensada en términos de ciclos sucesivos.

De este modo, la incorporación de técnicas del entretenimiento y de impacto espectacularizado por Javier Milei sería la continuidad, en un nuevo ciclo, del despliegue de los estigmas en un escenario de construcción del pánico moral ya utilizados por Juntos por el Cambio desde su misma fundación.

Bibliografía

Aboy Carlés, G (2016) “Populismo y democracia liberal. Una tensa relación”. Revista Identidades. Año 6, Dossier 2.

Cohen, S (1987) “Folk Devils & Moral Panics”. Basil Blackwell, Oxford, Reino Unido.

Delgado, F (2020) “República de la impunidad”. Ariel, Paidós, Buenos Aires.

Goffman, E (1963) “Estigma. La identidad deteriorada”. Amorrortu editores, Buenos Aires.

Laclau, E (2005) “La razón populista”. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.